

José Orlandis

Y vosotros...  
¿quién decís que soy yo?



RIALP

Y VOSOTROS,  
¿QUIÉN DECÍS QUE SOY YO?



JOSÉ ORLANDIS

Y VOSOTROS,  
¿QUIÉN DECÍS QUE SOY YO?

EDICIONES RIALP, S. A.  
MADRID

© 2007 by JOSÉ ORLANDIS  
© 2007 de la presente edición by EDICIONES RIALP, S. A.  
Alcalá, 290. 28027 Madrid

Cubierta: Evangelario - Fol. 75-V.Col. Biblioteca Nacional. Madrid

© Foto Oronoz

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Fotocomposición: M. T. S. L.  
ISBN: 978-84-321-3615-3  
Depósito Legal: M.

Impreso en España

Printed in Spain

---

Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	11
I. NAVIDAD .....	13
En Belén de Judá .....	13
El resto de Israel y el mundo de la Gen- tilidad .....	14
II. LA FAMILIA DE NAZARETH .....	17
El hijo del artesano .....	17
José, el elegido por Dios .....	18
El testimonio del Precursor .....	20
Matrimonio y castidad .....	20
III. MARÍA, VIRGEN Y MADRE .....	23
La Anunciación .....	23
El «Magnificat» .....	24
Los silencios de María y José .....	25
La vida pública, desde Caná a la Pasión ...	26

IV. ¿QUIÉN DICEN LOS HOMBRES? .....	29
Una pregunta comprometida .....	29
La Iglesia y el Primado .....	30
V. LOS DISCÍPULOS ANTE LA PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS .....	33
Una falta de sintonía .....	33
La huida de los discípulos .....	34
VI. LOS DISCÍPULOS Y LA RESURRECCIÓN DE CRISTO .....	37
Un clima espiritual de desencanto .....	37
Convencidos de la muerte del Maestro .	38
El estupor ante Cristo resucitado .....	39
La fe y la evidencia .....	41
VII. LA PRIMERA EXPANSIÓN DE LA IGLESIA ...	43
La diáspora cristiana .....	43
El Cristianismo y la Ley Mosaica .....	44
VIII. LA CONVERSIÓN AL CRISTIANISMO .....	47
La esencia de la conversión .....	47
El encuentro personal con Cristo .....	48
IX. LA VIDA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS .	51
Un estilo de vida: el Mandamiento nuevo .....	51
El deber de trabajar .....	53
La Eucaristía y los ágapes .....	55
El peligro del Gnosticismo .....	56

X. CRISTIANISMO E IMPERIO ROMANO .....	59
La doctrina política del Nuevo Testamento .....	59
Dios y el César .....	61
XI. LOS CRISTIANOS ANTE LA OPINIÓN PÚBLICA PAGANA .....	63
El «chivo expiatorio» .....	63
Una epopeya de fe y heroísmo .....	65
XII. EL MARTIRIO, TESTIMONIO DE FIDELIDAD Y AMOR A CRISTO .....	67
Seguir las huellas de Jesús .....	67
Tres testigos de Cristo .....	68
XIII. TÚ ERES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO .....	71



## INTRODUCCIÓN

Han pasado los años y hemos entrado en el tercer milenio de la era cristiana. Y, sin embargo, Cristo sigue estando siempre en primer plano, sigue siendo contemporáneo de todas las generaciones: «Jesucristo es de ayer y de hoy, el mismo por los siglos de los siglos», canta la Iglesia.

Este pequeño libro en el que se recogen algunas sencillas consideraciones, nos llevará a plantear una serie de preguntas: ¿en quién creemos?, ¿por qué tenemos fe en Jesucristo?, ¿por qué su imagen no envejece con el desgaste del tiempo? Y, más todavía, ¿es el Cristo actual el mismo en quien creyeron los primeros discípulos, aquel que permanece desde los comienzos y perdurará hasta el fin de los tiempos?

En estas páginas vamos a contemplar a Jesús con la mirada fresca y lúcida de los primeros. Por eso nos atrevemos a preguntarle abiertamente: Tú, ¿quién eres?, ¿por qué viniste al mundo en un momento determinado de la historia, y para qué permaneces entre nosotros? Y, puesto que la imagen

de Jesús debe aparecer hoy tan limpia y luminosa como al principio, vamos a tratar de contemplarlo con los ojos de María y de José, de los pastores y de los Magos, de Simeón y de Juan Bautista; con los ojos de los Apóstoles y de los primeros cristianos, que cabe todavía considerar como testigos de la vida y de la muerte y resurrección del Señor; con los ojos de los Mártires que se sacrificaron en aras de la verdad, en la que creían firmemente. Para todos ellos y para los cristianos de hoy, la fe en Cristo es la suprema razón de nuestras certezas.

Este libro va dirigido a los cristianos de nuestra época, para anunciarles la auténtica buena nueva: podéis creer en Jesús, en el Cristo de siempre, y es razonable hacerlo así. También hoy, Él es nuestro Redentor, que nos salva del doble absurdo de la vida sin sentido y de la muerte sin esperanza. Él, como a los primeros fieles, nos anuncia que somos hijos de Dios, que en la Casa del Padre hay muchas moradas y allí tenemos preparado un lugar. En el umbral del más allá, Jesucristo nos espera para saciar todos los deseos de amor de nuestro corazón y colmarlo con las alegrías de la vida eterna. Por eso, el Señor nos dirige la misma pregunta que un día hizo a sus discípulos: «vosotros ¿quién decís que soy Yo?». Trataremos de recordar la respuesta de los primeros siglos, para que suene también como nuestra respuesta, inspirada en el ejemplo de aquellos mayores; para que en estos días sirva también como regla y norma segura de nuestra propia fe.

# I. NAVIDAD

## EN BELÉN DE JUDÁ

«Hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor.» Éste es el mensaje que el Ángel del Señor transmitió a los pastores, los hombres escogidos por Él para ser los primeros en sentir la «gran alegría, que lo será para todo el pueblo» (cfr LC II, 9-11). El Salvador, el Cristo, el Señor, ésa es la primera noticia que poseemos sobre la identidad del niño que acaba de nacer. Así lo anuncian los ángeles en la hora de su entrada en el mundo. Pero conocemos otros pormenores, que ayudan a situar la Navidad en su preciso marco histórico y geográfico.

Era un momento bien determinado y cronológicamente comprobable de la vida del mundo. Reinaba en Roma el emperador César Augusto, y Quirino era gobernador de Siria, y en tal concepto le correspondió ejecutar en la región el edicto imperial que ordenaba el empadronamiento de todo

el pueblo. En la Palestina contemporánea, Galilea, donde se encontraba la villa de Nazareth, pertenecía a la región que constituía la «tetrarquía» de Herodes Antipas. Pero Judea permanecía bajo directa administración romana y en Judea estaba Belén, la ciudad de David, y allí debía empadronarse José, como vástago de la casa y familia de David. Y María, su esposa, que estaba encinta. Y fue en Belén donde le llegó la hora del parto. Era entre los años 7 a 5 antes de la Era cristiana, según el cálculo realizado con algún error en el siglo VI por el monje Dionisio el Exiguo († 545). La fecha actual de la Navidad —25 de diciembre— estaría relacionada, según la tradición occidental, con el día de la Encarnación y la Pasión del Señor, esto es 25 de marzo. La tradición oriental, basándose en otro calendario, celebra la Navidad el 6 de enero (cfr Lc II, 1-22).

#### EL RESTO DE ISRAEL Y EL MUNDO DE LA GENTILIDAD

A los ocho días del nacimiento, el Niño fue circuncidado y le pusieron por nombre Jesús, como le había llamado el ángel, antes de que fuera concebido (Mt I, 18, 25). Cumplidos los días de la purificación de María, sus padres le llevaron a Jerusalén para presentarlo en el Templo. Vivía por entonces en la Ciudad un anciano justo y temeroso de Dios llamado Simeón, que había recibido la re-

velación de que no moriría antes de haber visto al Cristo del Señor. Simeón acudió al Templo y, al entrar María y José con el niño, el anciano, temblando sin duda de emoción, tomó a Jesús en sus brazos y bendijo a Dios entonando una de las oraciones más conmovedoras que acompañaron la infancia de Cristo: «Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz según tu palabra; porque mis ojos han visto tu salvación». Simeón, un representante eximio de los «justos» que constituían el «resto de Israel», reconoció en el niño al Redentor y anunció en estos términos a María, su madre, la suerte que le aguardaba: «Mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel y para signo de contradicción, y a tu misma alma la traspasará una espada» (cfr Lc II, 22-35). Una mujer, Ana, viuda e hija de Manuel, llegó entonces y unió su voz a «todos los que esperaban la redención de Israel» (Lc II, 36-38).

Un último testimonio acerca de Jesús niño viene a completar los rasgos que configuran su imagen en los Evangelios de la infancia. Los pastores, unos hombres de vida recta y sencilla, fueron los primeros en recibir la buena nueva del nacimiento del Salvador; un representante de los «justos» de Israel, Simeón, le reconoce en el Templo como el Salvador. Los Magos son los terceros elegidos, como emisarios del mundo gentil. Llegaron a Jerusalén, sabiendo a quién buscaban y querían encontrar: «¿dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? —preguntaron— porque vi-

mos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle» (Mt II, 1-3). Y al llegar a Belén, «entrando en la casa vieron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron; luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra» (Lc II, 11-12).

Todos los estamentos de la humanidad judía y gentil proclamaron como su Dios y Salvador al Niño que nació en Belén. La persecución de Herodes, la huida y el exilio en Egipto marcaron el final de los primeros tiempos de la existencia de Jesús. Los años de la vida oculta en Nazareth de Galilea resellaron su personalidad humana y que se cumpliera la predicción de los Profetas: «será llamado Nazareno» (Mt II, 30). Y enlazan, explicando la razón, con aquel interrogante que, al comienzo de la vida pública, haría preguntar al Señor: «¿quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?».

## II. LA FAMILIA DE NAZARETH

### EL HIJO DEL ARTESANO

Jesús —dice el Evangelio de san Lucas, con referencia al principio de su vida pública— «tenía al comenzar unos treinta años y era, según se pensaba, hijo de José (Lc III, 23). Su personalidad y el lugar que ocupaba éste en la familia era bien conocido por sus compatriotas: «¿No es éste Jesús, el hijo de José, de quien conocemos a su padre y a su madre?», se preguntaban asombrados los judíos, al escuchar el anuncio de la Eucaristía (Io VI, 42). Y el asombro llegaba al colmo entre sus convecinos: «¿De dónde le vienen a éste esa sabiduría y esos poderes?», exclamaban sus paisanos: «¿no es éste el hijo del artesano?, ¿no se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?; y sus hermanas, ¿no viven todas entre nosotros?» (Mt XIII, 55-56), Jesús era bien conocido en Nazareth, como el hijo de José, el carpintero, y de María; ellos constituían un hogar y la familia se

sostenía gracias al taller de José. Los nombres de los «hermanos» del Señor, la mención de las «hermanas» hacían referencia a la familia amplia, al grupo que constituía el «clan familiar». Eran los «parientes y conocidos» que peregrinaban juntos por la Pascua a Jerusalén y entre los cuales María y José buscaron a Jesús, entonces de doce años, cuando tras un día de camino de retorno, advirtieron que no iba en la caravana (cfr Lc II, 41-43).

Muy escasas son en los Evangelios las noticias acerca de José. Sabemos que era el esposo de María, que advirtió un día su preñez y, como era «justo» y no quería «exponerla a infamia, pensó repudiarla en secreto». Un ángel del Señor se le apareció entonces en sueños y le dijo: «no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo» (cfr Mt I, 18-20). «Al despertarse José hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado, y recibió a su esposa. Y sin que la hubiera conocido, dio ella a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús» (Mt I, 24-25).

## JOSÉ, EL ELEGIDO POR DIOS

Los Evangelios, que no recogen una sola palabra salida de los labios de José, dan noticias, en cambio, de sus obras, de sus determinaciones, tomadas en momentos muy decisivos. Acabamos de referirnos a la decisión de recibir a su esposa María, cumpliendo sin demora el mensaje de Dios

que le transmitió el Ángel. Y José obedeció también el mandato de empadronamiento de César Augusto, y emprendió el viaje a Belén, pese a las difíciles circunstancias por que atravesaba la familia. Y José resolvió huir a Egipto en plena noche, cumpliendo un nuevo mandato del Altísimo; el retorno a tierra de Israel lo realizó con una obediencia pronta, pero inteligente, que le hizo dirigirse a la región de Galilea, no a la de Judea, donde reinaba Arquelao, como sucesor de su padre Herodes. En Nazareth fue cabeza de la Sagrada Familia y presencié cómo «el niño iba creciendo y fortaleciéndose, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él» (Lc II, 40 y 62). A la vera de José, Jesús, hijo del artesano, hizo el aprendizaje del oficio paterno y luego fue el sucesor de José al frente del taller. José murió sin duda durante los años de la vida oculta; y otro pasaje evangélico ya no llama a Jesús «el hijo del artesano» sino «el artesano, el hijo de María» (Mc VI, 3).

La escasez de noticias no es óbice para poder apreciar la grandeza espiritual de José; bastará tener en cuenta que fue el hombre escogido por Dios, por encima de todos los demás hombres, para recibir la misión de cumplir el oficio paterno cerca de su Hijo aquí en la tierra. Jesús, el Verbo de Dios hecho Hombre, tan solo llamó con el nombre de padre al Padre celestial y a aquel varón con quien convivió familiarmente durante muchos años que se estimaba como su padre en este mundo: a José, a quien amó, veneró y obedeció como hijo durante su vida terrena.

## EL TESTIMONIO DEL PRECURSOR

Más espacio habrá que dedicar a la Virgen María; pero antes de abordar directamente este tema, convendrá destacar todavía un par de rasgos que ayudan a definir desde ahora la imagen de Jesús. La inquietante pregunta sobre quién decían los hombres que era, es una interrogante y una respuesta que constituirán el argumento central de los capítulos siguientes. Pero antes convendrá conocer quién era Jesús para Juan Bautista, el Precursor: «Él es el que viene después de mí, a quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia» (Io I, 27). Y, señalando a Jesús que pasaba, anunció a sus discípulos y futuros apóstoles Andrés y Juan: «Éste es el Cordero de Dios» (Io I, 36). El Bautista, elegido para su misión, conocía con certeza quién era el Hijo del Hombre. Una segunda cuestión que produciría entonces estupor y conserva hoy viva actualidad es oportuno todavía plantear, dentro del cuadro ambiental de la familia de Nazareth, el modelo ejemplar de toda familia humana: la doctrina sobre el matrimonio, la virginidad y la familia.

### MATRIMONIO Y CASTIDAD

Un día, en pleno hervor de la vida pública, los fariseos propusieron a Jesús una cuestión, que en aquel tiempo sería seguramente un tema de actua-

lidad: «¿le es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo» (Mt XIX, 3). La respuesta del Señor está revestida de particular solemnidad y se remonta a la voluntad misma del Creador, acerca de la unión matrimonial de hombre y mujer. Éste fue el designio originario de Dios, anterior a la corruptela del repudio, tolerada por Moisés; «pero al principio no fue así» (Mt XIX, 8). Hombre y mujer «ya no son dos sino una sola carne —*una caro*—. Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (cfr Mt XIX, 4-8). El asombro que produjeron estas palabras dio pie a Jesús a exponer la doctrina de la superioridad de la virginidad cristiana como estado de vida. A la dolid queja de los propios discípulos, «si ésta es la condición del hombre con respecto a la mujer, no trae cuenta casarse» (Mt XIX, 10), Jesús responde: «No todos son capaces de entender esta doctrina, sino aquellos a quienes se les ha concedido» (Ibid, 11). Y terminó: «hay quienes se han hecho eunucos a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien sea capaz de entender, que entienda» (Ibid, 12).

La historia cristiana ha comprobado que esos tres puntos —unidad e indisolubilidad del matrimonio y preeminencia de la virginidad, como estado de vida— han sido controvertidos y negados reiteradamente por los disidentes y adversarios de la Iglesia de Cristo. Pero poner en tela de juicio la virginidad integral del Hijo de Dios, sugiriendo incluso una relación íntima con María Magdalena, es aberración blasfema, que estaba reservada para

nuestros días. Esa falsedad no sólo carece del mínimo fundamento histórico; vendría incluso a sugerir que Jesús habría sido un hipócrita y un falsario, que desmentía con su conducta la doctrina que enseñaba a los discípulos y a los hombres de todos los siglos: la primacía radical de la continencia, por amor del Reino de los Cielos. La fidelidad de una muchedumbre de santos en dos milenios de Cristianismo constituye la mejor prueba de la eficacia del ejemplo de Cristo para los ciento cuarenta y cuatro mil que —en palabras del Apocalipsis— «siguen al Cordero dondequiera que vaya» (Apc XIV, 4).

### III. MARÍA, VIRGEN Y MADRE

#### LA ANUNCIACIÓN

Los Evangelios pueden servirnos de guía para trazar la historia de María y rehacer su imagen. Sobre este fundamento podemos esbozar algunas «estampas» que nos aproximen a Ella, nos permitan reconocer sus rasgos y seguir sus huellas, a través de los tiempos de la vida oculta y de la vida pública de Jesucristo. Las primeras «estampas», la Iglesia nos invita a contemplarlas en los misterios gozosos del Santo Rosario.

En un rincón de Galilea, en la aldea de Nazareth, se produjo el acontecimiento que significa la irrupción de Dios Omnipotente en la historia de la Humanidad y el inicio de la epopeya de la Redención. Fue la hora en que el arcángel Gabriel transmitió un mensaje de Dios para una joven virgen, María, a la que invitaba a ser Madre suya. El evangelista Lucas, que seguramente escuchó el relato de los hechos de los propios labios de María, nos

revela los sentimientos que agitaron su ánimo. Sentimiento de turbación, que demandó palabras tranquilizadoras de Gabriel: «no temas, *ne timeas, Maria*»; determinación suya de mantener intacta la pureza virginal: «¿de qué modo se hará esto, pues no conozco varón?»; anuncio de la acción del Espíritu Santo, «que descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra»; y sumisión rendida de María a la voluntad de Dios, que la ha escogido para Madre suya: «he aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (cfr Lc I, 26-38).

#### EL «MAGNIFICAT»

María demostró al punto un talante de mujer decidida y valerosa: ha sabido por el arcángel que su anciana parienta Isabel ha concebido un hijo y, movida por una ardiente caridad, piensa que podrá necesitarla. Por eso, olvidando su propio estado de gravidez, emprende el largo viaje que, desde Nazareth, ha de llevarla a las montañas de Judea; es la Visitación.

Al entrar en la casa de Isabel y Zacarías, el Bautista, nonnato, saltó de júbilo en el seno de su madre, y ésta, Isabel, completó con sus palabras la salutación del arcángel Gabriel, el Ave María: «Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre». El alma de María se vuelca en el cántico del *Magnificat*, una de las oraciones más

grandiosas que ha brotado de un corazón humano: «Mi alma proclama las grandezas del Señor y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador». Un cántico en que se entrelazan la humildad y la magnanimidad: «porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava: por eso, desde ahora, me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (cfr Lc I, 35-46).

## LOS SILENCIOS DE MARÍA Y JOSÉ

Desde este momento, el Evangelio sólo recoge el silencio de María; no habla ni para tranquilizar a su esposo, José, cuando éste resuelve abandonarla al advertir su embarazo. Es el secreto del Altísimo, y sólo Éste podrá revelarlo. No se han conservado palabras de María ni en el viaje desde Nazareth, ni en Belén: los pastores encontraron al Niño con su Madre en silencio, en la noche de Navidad, y los Magos, cuando presentan sus ofrendas. Tampoco se han encontrado palabras de María en el exilio de Egipto (cfr Lc II, 16 y Mt II, 11). Sólo más tarde, cuando Jesús tenía doce años, volvemos a conocer, recogidas en el Evangelio, unas palabras de María.

Son palabras de reproche maternal dirigidas al Hijo cuando éste, en Jerusalén, ha abandonado a sus padres, para quedarse disputando en el Templo. José no habla, María sí. Hay un acento de dolorosa incompreensión en la Madre, tras encontrar al Hijo, al cabo de tres días: «Hijo ¿por qué nos

has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos». La respuesta del Hijo aumenta todavía más el desconcierto de sus padres. «Y él les dijo: ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre?». Ellos —comenta el evangelista— no comprendieron lo que les dijo... Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón (cfr Lc II, 41-51). María sentiría cada vez con más hondura que Jesús, su hijo de doce años, era el Verbo eterno de Dios, el hijo del Padre Celestial.

#### LA VIDA PÚBLICA, DESDE CANÁ A LA PASIÓN

Dos estampas, todavía, podrían contribuir a completar el perfil de María. La primera corresponde a los tiempos de la vida pública del Señor. Durante treinta años, la presencia de María como madre de familia y ama de casa, envuelve de continuo el hogar de Nazareth. En ese ambiente de vida de aldea, con su red de parientes y relaciones sociales, ha de enmarcarse la estampa de las bodas de Caná.

La delicadeza femenina de María, invitada a la boda con Jesús y algunos de sus primeros discípulos, hace que la Señora advirtiera antes que nadie la falta de vino. María aparece pendiente de las cosas pequeñas, de uno de esos detalles menores que, sin embargo, podían amargar la fiesta y dejar en mal lugar a los pobres novios. El diálogo entre la Madre y el Hijo es un prodigio de delicadeza y confianza.

«No tienen vino», advierte María, con acento que tiene un claro sentido de ruego. «Mujer, ¿qué nos importa a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora». Pero María parece no hacer caso y habla a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga». La hora de los milagros, que aún no le había llegado a Jesús, se adelantó a ruegos de María. «María, Maestra de oración. Mira cómo pide a su Hijo, en Caná. Y cómo insiste, sin desanimarse, con perseverancia. Y cómo logra. Aprende» (*Camino*, 502).

La última «estampa» de María junto a Jesús corresponde a la hora de la Pasión. Al pie de la Cruz, con la Madre, estaban su hermana, María de Cleofás, y María Magdalena; y también el discípulo amado, Juan. Desde lo alto, Jesús habló a su madre: «Mujer, aquí tienes a tu hijo»; y a Juan: «Aquí tienes a tu madre. Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa» (cfr Io XIX, 25-37). Este último diálogo, a más de su sentido espiritual, tiene también interés como documento histórico: aquellos hermanos y hermanas de Jesús que aparecen en varios momentos de la vida pública lo eran en el sentido bíblico de la expresión, es decir, parientes. Como María no tenía más hijo que Jesús, en la hora de la muerte de cruz, Cristo designa a Juan como «hijo», y en cuanto tal le confía el cuidado de su madre. Para María la identidad inconfundible de Jesús era la de su único Hijo. Juan, el discípulo que hizo sus veces y la tomó como madre, representaba a todos los hombres.



## IV. ¿QUIÉN DICEN LOS HOMBRES?

### UNA PREGUNTA COMPROMETIDA

«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?». Si fuera hoy, estas palabras nos sonarían a encuesta o sondeo de opinión. Y, sin embargo, ésta fue la pregunta que hizo Jesús a sus discípulos, cuando llegó a la región de Cesarea de Filipo. No es de extrañar, porque eran muchos los rumores y las opiniones que corrían acerca de Él y que sonaban confusamente en su entorno. Había quien le tenía por un embaucador, que engañaba a las turbas y pretendía estar por encima de la Ley y del Templo. Tal era el parecer de sus enemigos, los escribas y los fariseos, hombres religiosos pero con los ojos y los oídos tenazmente cerrados a la persona y enseñanzas del Maestro. Para la masa del pueblo, la visión era sin embargo muy distinta: Jesús sanaba a los enfermos, expulsaba a los espíritus malignos, daba de comer en el desierto a las muchedumbres, perdonaba los pecados y ense-

ñaba con palabras de vida eterna. No era de extrañar que hubiera personas que pensasen si podría ser el Mesías, el restaurador del reino de David y libertador del Pueblo de Dios del yugo de los opresores romanos. Eso era lo que habían sospechado, entre otros, los discípulos de Emaús, que habían dejado la oscuridad de sus aldeas para embarcarse en tan apasionante aventura.

A la pregunta de Jesús los discípulos respondieron recogiendo los pareceres más en boga: «unos, que Juan Bautista», y ésa era justamente la opinión de Herodes: «Éste es Juan, a quien yo decapité, que ha resucitado» (Mc VI, 16). Otros siguieron refiriendo las voces que les habían llegado: podría ser Elías o Jeremías o alguno de los profetas: había opiniones para todos los gustos. Y fue entonces cuando el Señor les planteó la pregunta de forma más directa y comprometida: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Se hizo un silencio que sólo una voz se atrevió a romper: la de Pedro.

## LA IGLESIA Y EL PRIMADO

La «confesión» de Pedro es el momento decisivo para la fundación de la Iglesia, su constitución esencial y la institución del Primado (Mt XVI, 16). La respuesta del Señor a Pedro tiene acentos de particular solemnidad: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te ha revelado eso

ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». «Y yo te digo —prosigue Jesús— que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt XVI, 17-19). La barca de Pedro habría de sufrir a lo largo de la historia innumerables embestidas por parte de las fuerzas del mal —las «puertas del infierno»— y contradicciones de toda suerte, por otra, incluso de sus hijos pecadores. Pero la barca de Pedro no se ha hundido, ni se hundirá nunca, porque la sostiene y ampara una promesa divina que garantiza su perennidad. El anuncio de la transcendencia de las acciones y decisiones terrenas de Pedro —el poder de atar y desatar— completan el anuncio de Jesús.

Llama la atención que, siguiendo el curso de los acontecimientos en los relatos de los Evangelios sinópticos (Mc VIII, 31-38, Lc IX, 22-26), a partir del momento de la confesión de Pedro, proclamando solemnemente la divinidad de Jesús, el Señor despliega ante los ojos de los discípulos el anuncio de la próxima Pasión en términos tan inequívocos que chocaban con convicciones muy arraigadas en espíritus que persistían en considerarle como el Mesías libertador del Pueblo de Dios. El propio Pedro que había proclamado la divinidad de Jesús, impulsado por una singular revelación divina, se atrevió a reprender a Cristo por su anuncio: «¡Dios te libre, Señor! De ningún modo te ocurrirá eso!» (Mt XVI, 21-22). La res-

puesta de Jesús a Pedro fue de una dureza inusitada: «¡Apártate de mí, Satanás! Eres escándalo para mí, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres» (Mt XVI, 23). Los discípulos más fieles, incluido el propio Pedro, seguían sin comprender los planes salvadores del Redentor.

## V. LOS DISCÍPULOS ANTE LA PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

### UNA FALTA DE SINTONÍA

La celebración de la Pascua en la tarde del Jueves Santo estuvo cuajada de acontecimientos. Como no se trata de escribir aquí una vida de Jesús y ni aún siquiera una historia de la Pasión, nos limitaremos a poner de relieve algunos de los rasgos más representativos de la actitud de los discípulos ante el Señor. La sala del Cenáculo fue el escenario de algunos hechos tan relevantes como la institución de la Sagrada Eucaristía, la promulgación del Mandamiento nuevo, la promesa del Espíritu Santo y la oración sacerdotal de Jesús. Pero como contraste, el anuncio de la traición de Judas —«en verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar»— (Io XIII, 21) y, terminada la Cena, la predicción del abandono de los discípulos: «todos vosotros os escandalizaréis esta noche por mi causa» (Mt XXVI, 31); y, de las negaciones de Pedro: «Te aseguro, Pedro, que no cantará hoy el ga-

llo, sin que hayas negado tres veces haberme conocido» (Lc XXII, 34).

La oración en el huerto de Getsemaní estuvo rodeada de un clima de visible incomunicación entre Jesús y sus discípulos. Esta lejanía espiritual se puso especialmente en evidencia con los tres discípulos más íntimos —Pedro y los hijos de Zebedeo—, que el Señor se llevó consigo para que siguieran más de cerca sus angustias y la violencia que hubo de hacerse para aceptar en su oración la Voluntad del Padre. El relato evangélico está impregnado de dramatismo, la falta de sintonía se hizo total: «Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo» (Mt XXVI, 38). Y en el evangelio de Lucas encontramos una expresión particularmente fuerte: «y le sobrevino un sudor como de gotas de sangre que caían hasta el suelo» (Lc XXII, 44). Frente a la angustia del Señor, el sueño de los discípulos: «¿Ni siquiera habéis sido capaces de velar una hora conmigo?».

## LA HUIDA DE LOS DISCÍPULOS

El prendimiento fue la última ocasión en que los discípulos salieron en defensa del Maestro y la espada de Pedro hirió la oreja de Malco, el criado del Sumo Sacerdote. Cuando Jesús se dejó apresar por sus enemigos, se produjo el acobardamiento colectivo y la dispersión de los que presumían estar dispuestos a dar la vida, si fuera preciso, por

Jesús. «Entonces —leemos en el relato de S. Mateo— todos los discípulos le abandonaron y huyeron» (Mt XXVI, 56).

La huida de los discípulos explica su ausencia en las horas críticas de la Pasión. Salvo la presencia de Pedro con Juan en el vestíbulo de la mansión de Anás, el suegro de Caifás, el Sumo Sacerdote —un acto de osadía que dio pie al penoso episodio de las tres negaciones—, el juicio, la Pasión y la Muerte de Jesús en la Cruz tuvieron lugar en ausencia de Apóstoles y discípulos, si se exceptúa al joven Juan. Estuvieron presentes la Virgen María, las Santas Mujeres y dos discípulos ocultos hasta entonces, José de Arimatea y Nicodemo; todos los demás andaban huidos y desconcertados. En esas horas que corrieron desde el atardecer del viernes hasta la mañana del domingo no sabrían qué pensar acerca de Jesús, porque sin atreverse ya a creer en Él y en sus palabras, lo cierto es que le seguían amando.



## VI. LOS DISCÍPULOS Y LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

### UN CLIMA ESPIRITUAL DE DESENCANTO

La huida de los discípulos tras el prendimiento explica su ausencia en las horas centrales de la Pasión. Salvo la entrada de Pedro con Juan en el atrio de la morada de Anás, un acto de osadía que provocó el penoso episodio de las tres negaciones, según acaba de recordarse, los Apóstoles fueron los grandes ausentes.

Ciertos escritores de orientación «modernista», en su afán de negar la Resurrección de Cristo, sostuvieron que esa Resurrección y la misma existencia de Jesús resucitado y vivo, no habrían sido otra cosa que un fruto de la imaginación exaltada, del «entusiasmo creyente» de sus discípulos. La afirmación carece de toda seriedad y es imposible de sostener a la luz de las más elementales reglas de la crítica histórica.

## CONVENCIDOS DE LA MUERTE DEL MAESTRO

Los Apóstoles y discípulos, tras la Pasión y la Crucifixión, estaban plenamente convencidos de la realidad de la muerte de Jesús. Su cuerpo había sido enterrado en el sepulcro excavado en la roca del huerto propiedad de José de Arimatea. Y a ese lugar acudían en el amanecer del domingo algunas de las Santas Mujeres. Su propósito era sólo uno: embalsamar el cuerpo de Jesús con los aromas que habían comprado. Las premuras del atardecer del sábado no habían dejado tiempo para completar este piadoso servicio. Y ésa era ahora la intención de las Mujeres. La muerte del Señor era para ellas un hecho tan evidente que no se les pasaba por la mente ponerlo en duda. Ellas habían presenciado con sus propios ojos el entierro de Jesús y vieron cómo José de Arimatea había cerrado la entrada del sepulcro corriendo una pesada losa. Y ésta era justamente su gran preocupación, mientras caminaban hacia el huerto, a la luz incierta del amanecer. «¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?». Ésa era la mayor preocupación y el tema de conversación de las Mujeres en aquella hora (Mc XVI, 1-3).

El sepulcro vacío, el anuncio de los Ángeles, el llanto de María Magdalena, porque se habían llevado al Señor, la confusión de Jesús resucitado con el hortelano, el aviso a los Apóstoles: todas estas reacciones encajan de lleno con la lógica del desconcierto ante la sorpresa; y la carrera de Pe-

dro y Juan hasta el sepulcro, para comprobar que el cuerpo del Señor no se encontraba donde lo pusieron. Todavía queda por recordar el asombro vivido por los dos discípulos que se encontraron con Jesús en el camino, sintieron arder sus corazones y le reconocieron, porque se les abrieron los ojos en la posada de la aldea de Emaús (Lc XXIV, 13-35). Pero tratamos de contemplar como testigos las apariciones de Cristo resucitado a los Apóstoles y discípulos reunidos.

#### EL ESTUPOR ANTE CRISTO RESUCITADO

Los relatos de los Evangelios refieren con mayor o menor detalle los encuentros de Jesús con los once Apóstoles en el Cenáculo de Jerusalén, que seguía siendo lugar de reunión de los primeros discípulos. La noticia recogida en el Evangelio de san Lucas contiene algunos pormenores especialmente familiares y cercanos. Ante el espanto producido por su presencia, Jesús habló a los discípulos en un lenguaje coloquial y próximo: «¿Por qué os asustáis?... soy Yo mismo...; comprended que un espíritu no tiene carne ni hueso, como veis que yo tengo» (cfr Lc XXIV, 37-39). Y el detalle tal vez más conmovedor, para ayudarles a creer lo que veían: «¿tenéis algo que comer?». Entonces ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Y lo tomó y se lo comió delante de ellos». (Lc XXIV, 41-42). «Entonces les abrió el entendi-

miento para que comprendiesen las Escrituras» (Lc XXIV, 45).

La disposición de incredulidad por parte de los discípulos ante la Resurrección del Señor llegó a su grado máximo con el Apóstol Tomás, según refiere el Evangelio de san Juan. Quizá fuera Tomás una persona de viva sensibilidad, que habría sido cruelmente afectado por el recuerdo de los padecimientos del Señor. Ya cuando, sabedor de la muerte de Lázaro, Jesús decidió acudir a Betania, pese a las amenazas de los judíos, la reacción de Tomás había sido ésta: «Vayamos también nosotros y muramos con Él» (Io XI, 16). Ahora, ante la gran noticia que le dan sus compañeros del Colegio Apostólico, «¡Hemos visto al Señor!», Tomás, que no había estado presente cuando vino Jesús, les dio a los demás una respuesta desalentada, rayana en la incredulidad: «Si no le veo en las manos la marca de los clavos y no meto mi mano en el costado, no creeré» (Io XX, 25). A los ocho días, Tomás se hallaba con los otros discípulos cuando llegó Jesús y a él le habló directamente el Señor: «Trae aquí tu dedo y mira mis manos y trae tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo sino fiel» (Io XX, 28). «¡Señor mío y Dios mío!», fueron las palabras que significaban la capitulación de Tomás, rendido por la fuerza incontrastable de la evidencia. Y ésa fue la conclusión que, con vistas a los discípulos de todos los tiempos sacó el Señor: «Porque me has visto has creí-

do: bienaventurados los que sin haber visto hayan creído» (Io XX, 29).

## LA FE Y LA EVIDENCIA

Será la fe y no la evidencia el camino ordinario —y el más sobrenatural— por el que los discípulos de todos los tiempos llegarán al Señor. La Tradición de los Padres admiró, sin embargo, las felices consecuencias que tuvo para todos la incredulidad de Tomás. «Todo esto no sucedió porque sí, sino por disposición divina —escribiría Gregorio Magno—. La bondad de Dios actuó en este caso de un modo admirable... Más provechosa fue para nuestra fe la incredulidad de Tomás que la fe de los otros discípulos... Aquel discípulo que palpó se convirtió en testigo de la realidad de la resurrección» (*Homilía sobre los Evangelios*, XXVI).

Las diversas fuentes neotestamentarias —Evangelios y Hechos de los Apóstoles— dan cumplida noticia de la Ascensión del Señor. Jesús, antes de despedirse de los Apóstoles, les encomendó la misión primordial de ser sus testigos, de propagar la Buena Nueva y hacer discípulos a todos los pueblos, «hasta los confines de la tierra». «Varones de Galilea, ¿qué hacéis mirando al Cielo?» (cfr. Act I, 7-11), son las palabras con las que unos personajes, cubiertos de blancas vestiduras, arrancaron a los presentes de su arrobamiento. «Y, mientras les

bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse de la tierra. Y ellos le adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría» (Lc XXIV, 50-53). Allí, tras la elección de Matías como duodécimo Apóstol en lugar de Judas, al cumplirse la Pentecostés sobrevino el descenso del Espíritu Santo. La iglesia comenzaba su andadura.

## VII. LA PRIMERA EXPANSIÓN DE LA IGLESIA

### LA DIÁSPORA CRISTIANA

El núcleo más íntimo de los discípulos estuvo formado por los Doce, que integraban el Colegio Apostólico. Luego figuran setenta y dos discípulos, los que el Señor había enviado de dos en dos a toda ciudad y lugar a donde él tenía que ir (Lc X, 1). Después —según transmitió san Pablo a los cristianos de Corinto en la carta que les dirigió entre los años 53 y 58— Jesús resucitado se apareció antes de la Ascensión «a más de quinientos hermanos a la vez», la mayoría de los cuales vivía todavía en la fecha en que el Apóstol les escribió. Pero fue a raíz de Pentecostés cuando se produjeron las primeras conversiones masivas. Tres mil se bautizaron en Jerusalén tras el sermón de Pedro y el número de creyentes ascendió a unos cinco mil varones. Después de la curación por Pedro del cojo de nacimiento y el arresto del Príncipe de los Apóstoles, juntamente con Juan, por mandato del Sanhedrín (Act II, 41 y LV, 4).

En los años sucesivos, la expansión del Cristianismo, todavía centrado en torno a Jerusalén, experimentó un gran avance cualitativo. Acontecimiento decisivo fue la apertura a los gentiles, que simbolizó el bautismo del centurión Cornelio y su familia, un hecho altamente significativo a los ojos de los judeocristianos, pues puso de manifiesto que la Iglesia naciente estaba también abierta a los incircuncisos (cfr Act X). La lapidación del protomártir san Esteban (Act VI, 8-VII, 60) había desencadenado una gran persecución contra la iglesia en Jerusalén y provocó una primera dispersión de los discípulos. Una de las consecuencias de esa diáspora fue la expansión cristiana hasta Fenicia, Chipre y la gran ciudad de Antioquía, donde gran número de griegos recibieron el Evangelio. Fue en Antioquía —informan los Hechos— donde los discípulos recibieron por primera vez el nombre de cristianos (Act XI, 26).

## EL CRISTIANISMO Y LA LEY MOSAICA

Fue, sin embargo, en el año 49 de la Era cristiana cuando, en el llamado Concilio de Jerusalén, se resolvió definitivamente la cuestión de las relaciones entre Ley Mosaica e Iglesia cristiana. Pablo y Bernabé llevaron la voz en representación de las iglesias de la Gentilidad, y el Apóstol Pedro defendió con autoridad la libertad de los fieles con respecto a las observancias legales de los

judíos; el Concilio, a propuesta del obispo de Jerusalén Santiago, acordó no imponer a los conversos gentiles cargas superfluas. Bastaría con que se atuvieran a unos sencillos preceptos: guardarse de la fornicación y, por respeto a la antigua Ley, abstenerse de comer carnes no sangradas u ofrecidas a los ídolos, los «idolotitos». Así quedó resuelta de manera definitiva la cuestión de las relaciones entre el Cristianismo y los preceptos de la Ley de Moisés.

La primera expansión territorial del Cristianismo tuvo como protagonista a san Pablo, el denominado con toda justicia «Apóstol de las Gentes». Pablo realizó tres grandes viajes apostólicos por Chipre, Asia Menor y Grecia, entre los años 45 y 58. Fundó y visitó una serie de iglesias, a las que formó e instruyó doctrinalmente, también mediante cartas —catorce en total— remitidas por él o bien, como en el caso de la «Epístola a los Hebreos», con claras muestras del influjo y de la autoridad de este Apóstol. Pablo fue, pues, el principal sembrador de la Fe entre las poblaciones del Mediterráneo oriental, aunque llegó también a la capital del Imperio y es probable que su acción espiritual alcanzase tierras de Occidente, Hispania, según el plan que tenía forjado al escribir la Epístola a los Romanos (Rom XV, 24). En Roma, Pablo sufrió el martirio hacia los años 66-67, algo más tarde, probablemente, que el Apóstol Pedro, primer Obispo de la Urbe. El hecho de que al llegar a Italia, conducido preso en un famoso viaje

por mar, encontrase ya algunos fieles en Pozzuoli, y más todavía en la propia capital, es prueba de una anterior penetración cristiana en la Península. Para completar una rápida panorámica de la antigua expansión del Cristianismo no deben olvidarse las iglesias asiáticas, mencionadas en el Apocalipsis, nacidas a la sombra del Apóstol Juan (Apoc II y III). Pronto, Alejandría y el África latina fueron también penetradas por el Cristianismo.

## VIII. LA CONVERSIÓN AL CRISTIANISMO

### LA ESENCIA DE LA CONVERSIÓN

La primera conversión multitudinaria al Cristianismo se produjo en la época que ha sido llamada «carismática», por las secuencias de Pentecostés, cuando la recepción del Espíritu Santo transformó la vida de los discípulos. «Seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días», les anunció el Señor reiteradamente en las semanas que pasó junto a ellos en la tierra, antes de la Ascensión (Act I, 5). Los prodigios que obraron los Apóstoles tras la venida del Paráclito fueron el argumento decisivo de la divinidad de Cristo, muerto por los hombres, resucitado y sentado a la diestra de Dios Padre, como lo contempló san Esteban protomártir antes de ser sacrificado (Act VII, 57-60). San Pedro, en el sermón al pueblo de Jerusalén, definía a Cristo con unas palabras que impresionan a los hombres de todos los tiempos, en especial, tal vez al del nuestro, cuando se multiplican los ries-

gos para el gran don de Dios, que es justamente el don de la vida: «habéis querido dar muerte al autor de la vida» (Act III, 15).

Jesucristo es el autor de la vida, tanto de la mortal como de la eterna, y en pos de la vida inmortal se lanzó a seguirle aquel que pretendía hacerse discípulo suyo. Las palabras de Pedro en respuesta al interrogante del Señor son una rotunda afirmación de la divinidad de Cristo, el Hijo Unigénito del Padre. La esencia de la conversión cristiana fue desde el principio, más aún que el descubrimiento de una sabiduría divina, el encuentro con el Hijo del Hombre que es el Salvador; un encuentro personal, que unos pescadores llamados a ser Apóstoles tuvieron a orillas del mar de Tiberíades; un encuentro que se renueva en la existencia de cada hombre, cuando Jesús se cruza en el camino de nuestra vida y nos invita a marchar en su seguimiento. Ese encuentro puede seguir siendo hoy, como en todos los tiempos, el hallazgo de la cruz personal de cada uno —«tome su cruz cada día y sígame» (Lc IX, 23)—, un encuentro muchas veces no buscado ni deseado; pero que sitúa al discípulo en seguimiento del Maestro.

## EL ENCUENTRO PERSONAL CON CRISTO

Un caso que puede servir de ejemplo en el proceso de la conversión cristiana es el del encuentro que tuvo Simón de Cirene con Jesús en el camino

del Calvario. Simón vivía totalmente al margen de la Pasión y, contra su voluntad y sus deseos, se vio involucrado en la muerte de Cristo. Cargado con la Cruz le acompañó y fue seguramente testigo de la Crucifixión. Tal sería la imagen que guardaría de la Pasión y el recuerdo de aquel acontecimiento que pudo hacer llegar a sus familiares. Sin embargo, todos los indicios apuntan a la conversión de Simón, y ésa fue, según parece, la razón de que sus hijos —Alejandro y Rufo— fueran personas bien conocidas y apreciadas entre los primeros fieles de Jerusalén (Mc XV, 21). Es incluso posible que Rufo residiera más tarde en Roma y sean él y su madre las personas a quienes san Pablo enviase afectuosos saludos al final de la carta a los Romanos (XVI, 13).

La conversión —decíamos— requiere encontrarse con Cristo en el camino de la vida. Pero no basta encontrarse con Él: hace falta reconocerle y creer en Él. Creer que Jesús es el Hijo de Dios, «de la misma naturaleza que el Padre» —dice el Credo— y que se hizo hombre por nuestra salvación: «Yo soy la Resurrección y la vida», insiste antes de resucitar a Lázaro (Io XI, 25). Convertirse es proclamar la confesión de fe de Marta, la hermana de Lázaro: «Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo» (Io XI, 27). Y creer en sus enseñanzas —«palabras de vida eterna» (Io VI, 69)— y resolverse a vivir de acuerdo con ellas, pues ésta es la voluntad del Padre, dice el Señor: «que todo aquel que vea al Hijo y crea en

Él tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día» (Io VI, 40). Ésta es la genuina imagen de Jesús, aquella que tuvieron ante sí los discípulos y los cristianos de los primeros siglos, y a la cual se adherían de todo corazón y con toda la mente al dar el paso decisivo de la conversión. Porque ésta era para los primeros tratar de asemejarse a Cristo e imitarle en la vida: «Imitad por tanto a Dios como hijos queridísimos e imitarle en la vida —escribió san Pablo a los Efesios— y caminar en el amor, lo mismo que Cristo nos amó y se entregó por nosotros» (Ef V, 1-2) Cristo —proseguiría san Pedro— padeció por vosotros dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas (I Petr II, 21). Ésta es la conversión que les tocará también vivir a muchos católicos de hoy, despojados del entorno protector de unas tradiciones sociales y desarraigados de unas raíces, a las que el primer Mundo intenta renunciar. Unos católicos que habrán de revivir una singladura semejante a los cristianos del siglo II. Aquellos de los que decía Tertuliano, como si fuera casi la regla general: *fiunt, non nascuntur christiani*, «los cristianos no nacen, se hacen».

## IX. LA VIDA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

### UN ESTILO DE VIDA: EL MANDAMIENTO NUEVO

La conversión abría las puertas de la Iglesia a los primeros fieles cristianos; han quedado expuestas las líneas maestras de ese decisivo acontecimiento. Las razones que impulsaban a los cristianos de los comienzos fueron el ansia de la verdad que encerraba la doctrina de Cristo, y el amor de Jesús, que había dado su vida por la salvación de todos y cada uno de los hombres, infundiéndoles la esperanza de una vida eterna que les había ganado con su muerte redentora. Pero el converso de los tres primeros siglos no solamente encontraba personalmente a Jesucristo y se adhería a la doctrina enseñada por Él, sino que se incorporaba a una comunidad fraterna, porción de una única Iglesia universal, a una «familia», con su propio modo de ser y su estilo de vida. Por eso, resulta posible intentar rehacer la existencia de los primeros cristianos, sobre el testimonio de unas

noticias y de unas «Apologías» destinadas a reivindicar la bondad y la belleza de una conducta colectiva. La carta a Diogneto —seguramente un noble pagano, deseoso de conocer la verdad— y las «Apologías» a favor del Cristianismo reflejan el ambiente de las comunidades del siglo II.

Lo que quizás llama más la atención al evocar la vida de los primeros cristianos es la impresión de «normalidad» que ofrece el espectáculo de su existencia. Tal es la sensación que produce la lectura de uno de los documentos más representativos de la vida de los fieles del siglo II: la carta a Diogneto. Nunca —queda bien a las claras— tuvieron los cristianos espíritu de «secta», ni se sintieron inclinados a formar un «ghetto» aparte.

«Los cristianos —dice la epístola— no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su lengua, ni por sus costumbres... En lugar alguno establecen ciudades exclusivas suyas, ni usan alguna lengua extraña, ni viven un género de vida singular..., sino que habitando en ciudades griegas o bárbaras, según a cada uno le cupo en suerte, y siguiendo los usos de cada región en lo que se refiere al vestido, llevan un tenor de vida admirable y, por confesión de todos, extraordinario». Por lo que hace a la vida privada y familiar, la tónica general es la honestidad, la rectitud, de acuerdo con la ley natural: «se casan como todos y engendran hijos, pero no los abortan o exponen después de nacidos. Ponen mesa común, pero no lecho». «Cada uno de nosotros —escribirá igual-

mente Anágoras de Atenas en su «Súplica a favor de los cristianos», dirigida a los emperadores Marco Aurelio y Lucio Aurelio Cómodo (177?)— tiene por mujer a la que tomó, según las leyes que nosotros hemos establecido, y aun ésta con vistas a la procreación... Nosotros afirmamos que las que practican el aborto cometen homicidio y habrán de dar cuenta a Dios» (*Legatio pro christiani*). Los cristianos —terminaba la mencionada epístola a Diogneto— son en el mundo lo que es el alma en el cuerpo.

La clave de la existencia de las primeras comunidades cristianas fue sin duda el cumplimiento del «mandamiento nuevo» del amor fraterno: «Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Io XV, 12). Un amor que incluso había de tener una expresión externa visible: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros» (Io XIII, 26). Ésta fue precisamente la razón de que —como señala Tertuliano— los gentiles se llenasen de admiración ante el fenómeno social de la caridad de los cristianos, un hecho nuevo en el mundo pagano, y que exclamasen sin poder contenerse: «¡mirad cómo se aman!».

## EL DEBER DE TRABAJAR

Los primeros cristianos, ¿de qué se sostenían? Está claro que del trabajo personal. El Apóstol san Pablo dio buen ejemplo de vida laboriosa, y a los

fieles de Tesalónica que andaban ociosos ante la falsa expectativa de una llegada inminente de la Parusía así les amonestaba: «si alguno no quiere trabajar, que no coma» (II Thes XI, 10). El mismo Apóstol, cuando residió en Corinto de regreso de Atenas, trabajaba con el matrimonio Aquila y Priscila que tenían su mismo oficio, fabricante de tiendas (Act XVIII, 2-3). Y Atenágoras en su «Apolo-gía» hacía especial mención de los artesanos, entre las gentes sencillas que formaban las comunidades. Ya la *Didaché*, uno de los textos más antiguos de la literatura cristiana —probablemente del siglo I— encomendaba vivamente el deber de trabajar, como norma general: «Al que pasa de camino —decía— le ayudaréis en cuanto podáis: pero no se quedará con vosotros sino dos o tres días, si fuera necesario. Si quiere quedarse con vosotros, teniendo un oficio, que trabaje para su sustento. Si no tiene oficio, proveed según prudencia de modo que no viva entre vosotros cristiano alguno ocioso» (*Didache*, XIII).

El deber cristiano del trabajo tenía, en suma, como último referente al propio Jesucristo, la vida laboriosa del Señor. Quedaban aún lejos los largos siglos durante los cuales entre los pueblos de civilización cristiana se veía el trabajo como una labor deshonrosa para el hombre. Un punto en que san Josemaría Escrivá debe considerarse como un renovador de la doctrina evangélica. El ejemplo de Cristo lo evocaba san Justino en el «Diálogo con Trifón» (88, 8): Cuando Jesús llegó al Jordán

—escribe— se le tenía por hijo de José el Carpintero... y fue considerado él mismo como un carpintero, pues mientras estaba entre los hombres fabricó obras de este oficio como arados y yugos, enseñando... lo que es una vida laboriosa».

## LA EUCARISTÍA Y LOS ÁGAPES

La vida religiosa de las iglesias cristianas giraba en torno a la Sagrada Eucaristía. «Perseveraban asiduamente —se lee en los *Hechos*— en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en la oración» (II, 42). Es interesante observar de qué modo las asambleas de los fieles se hallaban minuciosamente reguladas durante la primera mitad del siglo III, según acredita un texto procedente de una comunidad de la Siria septentrional, la «Didascalia de los Apóstoles» (LV II, 2-11). Se explica así la respuesta dada al juez por unos mártires africanos: «es que nosotros sin la reunión dominical no podríamos vivir»; dan como única razón para incumplir la prohibición imperial de no unirse. La presencia real de Cristo en la Eucaristía era creída por los primeros cristianos con vivísima fe. Comparando las sagradas especies con el «maná» llovido del cielo, se preguntaba san Ambrosio: «¿qué es más, el maná del cielo o el Cuerpo de Cristo?». Ciertamente que el Cuerpo de Cristo —respondía Ambrosio— que es el creador del Cielo. Además, el que comió «maná» mu-

rió, pero el que comiere este cuerpo recibirá el perdón de sus pecados y no morirá para siempre (*Sobre los Sacramentos*, 24, 25). El tratado sobre la penitencia de Tertuliano (*De Poenitentia VIII, 4-X*), que él calificó de «segundo perdón», es un testimonio de la práctica habitual de este sacramento —*exomologesis* se llama en griego el rito— entre los cristianos de fines del siglo II.

La Iglesia de los tres primeros siglos —ya se verá— fue la Iglesia de las persecuciones y de los Mártires. Pero, antes de entrar en ese gran tema, parece oportuno preguntarse: y esas comunidades cristianas, ¿sufrieron también otras pruebas y peligros provenientes de adentro? Es indudable que sí, y por ello conviene detenerse a conocerlos y valorarlos.

## EL PELIGRO DEL Gnosticismo

Una primera prueba procedente del interior fue la que encontraron las iglesias, y en especial las fundadas o visitadas por san Pablo, el Apóstol de las gentes, por parte de residuos judíos o judaizantes, que perduraron hasta que se consumó con claridad la ruptura entre la Iglesia y la Sinagoga. A estos episodios hacen reiterada referencia los «Hechos de los Apóstoles» y las epístolas paulinas. Hubo, sin embargo, otros peligros internos, que afloran tiempo más tarde. A ellos hacía ya velada alusión san Pablo, cuando aleccionaba a su discí-

pulo Timoteo con vistas al gobierno de la iglesia de Éfeso.

«Vendrá un tiempo —escribía Pablo— en que no soportarán la sana doctrina y se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para halagar el oído. Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a los mitos» (II Tim IV, 4). Esta *conversio ad fabulas* —abrir los oídos a los mitos— constituye una amenaza que sigue al vaciamiento de la fe, y estaba destinada a perdurar más allá de los primeros siglos. En nuestro Occidente actual se torna especialmente tangible la propensión al «esoterismo, a lo mágico, oscuro o misterioso, por inverosímiles que sean sus propuestas. Es la necesidad que siente el hombre sin fe de creer en algo, aunque sea en un absurdo. El gran peligro sufrido por la Iglesia primitiva, en especial durante el siglo II, fue el «Gnosticismo». Hasta tal punto parece grave el peligro sufrido, que historiadores de la Antigüedad cristiana han estimado que la victoria de la Iglesia frente al riesgo de inmersión por la Gnosis fue una de las mayores pruebas de su divinidad, de la verdad de la fe de Cristo.

Muchos «maestros» gnósticos hacían derivar sus teorías de supuestas tradiciones secretas, procedentes de Jesús y sus discípulos —evangelios, epístolas, apocalipsis, «Hechos» apócrifos— que según ellos, contendrían las doctrinas religiosas más elevadas y sublimes de Jesús; un falso Jesucristo que no habría venido para salvar a los hombres un conocimiento más elevado de Dios. Los

«gnósticos» afirmaban que tan sólo aquellos creyentes que recibieran esta revelación más alta eran cristianos de rango superior, hombres espirituales, «pneumáticos».

La Iglesia hubo de reaccionar con energía y los escritores eclesiásticos, encabezados por San Ireneo, demostraron la incompatibilidad de las ideas «gnósticas» con la doctrina cristiana. En la defensa del Cristianismo frente a la «Gnosis» tuvo decisiva importancia la formación del «canon», donde, junto al Antiguo Testamento, figura el índice de los libros neotestamentarios reconocidos como Escritura sagrada, y de cuya precisa fijación antes de que terminara el siglo II da fe el conocido «fragmento de Muratori». Se recurrió a la vez a la «tradición apostólica», fijando las series episcopales ininterrumpidas, que se remontaban hasta los Apóstoles y constituyen el único conducto legítimo y plenamente fiable de transmisión de la verdad acerca de Cristo y su doctrina. La imagen del Señor quedó conservada, sin fantasías o impropiedades, con sus rasgos genuinos, ante los fieles de los primeros siglos y de todos los tiempos; éstos pueden también responder con certeza y verdad en nuestros días a la pregunta que un día hizo Jesús y que a todos incumbe: «y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

## X. CRISTIANISMO E IMPERIO ROMANO

### LA DOCTRINA POLÍTICA DEL NUEVO TESTAMENTO

La Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo —el acontecimiento de la Redención del mundo— tuvieron un marco territorial e histórico bien determinado: la ciudad de Jerusalén y el mandato del gobernador romano Poncio Pilato. Por espacio de tres siglos, los primeros cristianos y la primitiva Iglesia vivieron bajo la autoridad del Imperio romano pagano.

En el mundo sin ser del mundo. Los primeros fieles tuvieron conciencia clara de que el Señor colocaba a sus discípulos en la entraña misma de la sociedad terrena: «no son del mundo como yo no soy del mundo» (Io XVII, 16). Su misión era la de ser levadura en medio de la masa y «luz del mundo» entre las tinieblas de la oscuridad. La oración de Jesús al Padre por los discípulos no era para que los sacara del mundo, sino para que los guardase del mal (cfr Io XVII, 15).

La regla de oro dada por el Señor a los suyos —«dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt XX, 21)— aseguraba a la autoridad pública el fiel cumplimiento por parte de los primeros cristianos de sus deberes de ciudadanía. Los dos Príncipes de los Apóstoles desarrollaron en su magisterio la doctrina recibida del Maestro: «Temed a Dios, honrad al Rey» (I Petr II, 13-17), escribía el Apóstol Pedro; y Pablo enseñaba el origen divino del Poder y convertía la rebeldía contra éste en resistencia al orden social querido por Dios (cfr Rom XII, 1 y 2). Y, más allá de la enseñanza apostólica, la doctrina se mantenía inalterable. «Nosotros —escribía en el siglo II el mártir san Justino al emperador Marco Aurelio— os reconocemos como Emperador y gobernante de todos los hombres. Y rogamos no sólo para que seáis mantenido en posesión de vuestro Imperio, sino también para que seáis sabiamente prudente» (*Apología*, I, 17). Los cristianos —escribiría Tertuliano antes de final del siglo— «oramos sin descanso por todos los Emperadores, para que vivan largos años y pedimos para ellos un gobierno pacífico, la seguridad de su casa, un ejército valeroso, un Senado fiel, un pueblo honrado, la paz del mundo y cuanto súbditos y Emperadores puedan desear» (*Apolog.* XXVIII).

## DIOS Y EL CÉSAR

De acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia discurría la conducta del cristiano como ciudadano y como súbdito. El Imperio no podía encontrar ningún súbdito cuya lealtad pudiera ofrecerle mayores garantías que la del cristiano. Su fidelidad venía reforzada por la consideración de que, para él —así se lo enseñaba san Pablo a los romanos— constituía no sólo una obligación ciudadana, sino también un deber moral: «estad sujetos, no sólo por temor al castigo, sino también por razón de conciencia» (Rom XIII, 5). San Pedro inculcaba un sentimiento de radical confianza en el Poder Público y en sus agentes, instituidos «para castigo de malhechores y premio de los buenos» (I Petr II, 14). «¿Queréis no tener miedo a la autoridad? ¡Pues obrad el bien!», añadía san Pablo (Rom XIII, 3 y 4).

Parece sorprendente que una doctrina como la del Cristianismo, que proclamaba la de fidelidad ejemplar al Poder civil, hubiera de encontrar una implacable respuesta de hostilidad y persecución por parte de éste. Y más, si se tiene en cuenta cuán liberal y maleable supo ser en el aspecto religioso el Imperio romano. La razón estuvo en que el Imperio pidió a los cristianos lo único que éstos no podían darle: la adoración, que sólo a Dios corresponde. Pedir al fiel cristiano la adoración a Roma y al Emperador, esto es el homenaje sagrado del culto, le ponía ante el dilema de tener que optar

entre el martirio y la apostasía; y la respuesta no podía ser otra que la de san Pedro ante el Sanedrín judío: «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Act V, 29). Las pruebas que sufrieron habían sido anunciadas ya por el Señor a los discípulos cuando les predijo que habrían de seguir las huellas del Maestro y les llamó «bienaventurados» por haber alcanzado la suprema bienaventuranza: «Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en el cielo» (Mt V, 11-12). Aun cuando se dieran diversas alternativas de mayor o menor rigor en la política anticristiana imperial, la situación se mantuvo legalmente inalterada durante cerca de tres siglos, hasta la concesión de la libertad a la Iglesia.

## XI. LOS CRISTIANOS ANTE LA OPINIÓN PÚBLICA PAGANA

### EL «CHIVO EXPIATORIO»

El incendio de Roma, ordenado por el emperador Nerón, tuvo lugar en el año 64 de nuestra Era. La impresión de que el propio Emperador había sido el autor moral de la catástrofe le impulsó, para tratar de justificarse ante el pueblo, a buscar unos pretendidos responsables que sirvieran de «chivo expiatorio» sobre el que poder arrojar la culpa del crimen. La responsabilidad se hizo caer sobre los cristianos, que fueron denunciados como incendiarios y sobre los que se desencadenó una cruelísima persecución. Innumerables cristianos —una «ingente multitud» según el historiador Tácito— murieron martirizados en el otoño de aquel año 64, entre los que parece seguro que se encontró el Apóstol Pedro.

La persecución neroniana quedó en la práctica circunscrita a la ciudad de Roma; pero su transcendencia fue inmensa y abrió la larga era de las

persecuciones. Condicionó gravemente la situación del Cristianismo de cara al Poder imperial y a la opinión pública de la sociedad pagana. Una maliciosa propaganda y la torpe credulidad del vulgo contribuyeron a que se difundiera una opinión de signo violentamente anti-cristiano. Así, para el propio historiador Tácito, el Cristianismo constituía una «superstición detestable» y los cristianos eran considerados como «enemigos del género humano». En torno a ellos surgieron las más disparatadas invenciones y el vulgo les atribuyó las acciones más atroces: antropofagia, infanticidio y toda suerte de crímenes. Esto acarreaba graves consecuencias porque arrojaba sobre los fieles un sambenito infamante, que en los tiempos venideros sería causa de incontables denuncias y violencias, no promovidas tan sólo por las autoridades públicas, sino motivadas también por desórdenes incontrolados y algaradas populares. Sobre los cristianos se arrojaban las culpas de todos los infortunios y desventuras que afligían al pueblo. Tertuliano hizo una irónica pintura de tal estado de cosas, que quedó expresada en términos inolvidables: «No hay calamidad pública —escribió— de la que no tengan la culpa los cristianos... Si el Tíber crece y se sale de madre, si el Nilo no crece y no fecunda los campos, si el cielo no da lluvia, si tiembla la tierra, si hay hambre, peste... un mismo grito en seguida resuena: «¡Los cristianos a las fieras!»».

## UNA EPOPEYA DE FE Y HEROÍSMO

La actitud adoptada por la autoridad imperial fue que, frente a la religión tradicional romana, el Cristianismo, «detestable» para Tácito, era superstición «nueva y peligrosa», según Suetonio, «perversa y extravagante», para Plinio el Joven. La consecuencia fue la consideración del Cristianismo como *superstitio illicita*, una situación por la que el solo hecho de ser cristiano constituía delito, sin necesidad de cualquier otra consideración ni de cometer ninguna acción delictiva. En el siglo II, la postura oficial del Imperio ante el Cristianismo se materializó en la que ha sido llamada «doctrina trajánica», porque se había formulado en un rescripto del emperador Trajano, contestando a una consulta que le había elevado el gobernador de Bitinia, Plinio el Joven. La postura de los agentes del Poder habría de atenerse en lo fundamental a las siguientes reglas: la autoridad pública no debería proceder por propia iniciativa a la busca y captura de los cristianos: tampoco debería admitir denuncias anónimas. Cuando se recibía una acusación en regla, si los inculpados se retractaban durante el proceso, habrían de ser perdonados; de lo contrario, como la mera profesión cristiana constituía un delito, los que perseverasen en la fe habrían de ser condenados y castigados, incluso con la muerte.

Desde mediados del siglo III la situación de los cristianos se agrabó sensiblemente. Fue entonces

cuando, a partir del reinado de Decio, los emperadores publicaron edictos ordenando que todos los habitantes del Imperio participasen personalmente en un sacrificio de culto pagano, en honor del emperador y de los dioses romanos. Fue entonces, en los primeros años del siglo IV, cuando se desencadenó la mayor persecución contra los cristianos, que fue también la última: la de Diocleciano.

Las persecuciones fueron una admirable epopeya de fe y de heroísmo. La misma conversión al Cristianismo suponía ya para el discípulo una difícil prueba que demandaba de ordinario romper con el entorno social y renunciar a tradiciones cívicas y familiares muy apreciadas por el hombre antiguo. A ello ha de añadirse que durante los tres primeros siglos todo cristiano era, por definición, un candidato a la muerte. Con razón escribió en su día Adolfo Harnack, el gran historiador del Cristianismo antiguo, que es digno de respeto y admiración el valor y la fortaleza de ánimo que suponía la decisión de hacerse cristiano.

## XII. EL MARTIRIO, TESTIMONIO DE FIDELIDAD Y AMOR A CRISTO

### SEGUIR LAS HUELLAS DE JESÚS

El martirio fue durante varios siglos el supremo testimonio de fidelidad y amor a Jesucristo, su Redentor, que hubieron de dar muchos cristianos. Los martirios, rodeados a menudo por el fanatismo de la plebe, no dejaron de suscitar a veces reacciones más nobles en otros contemporáneos. El heroísmo de los mártires, su fortaleza de espíritu eran patentes. San Agustín, en uno de sus Sermones, proclamaba su admiración ante los sufrimientos y la muerte de los mártires, en el tiempo todavía cercanos a él. «Fijaos —decía— en la gloria de los mártires. Si la muerte no fuese amarga, los mártires carecerían de toda gloria. Si la muerte se redujera a nada, ¿qué hicieron de grande los mártires al despreciarla?» (*Sermo*, 335B). La historiadora Marta Sordi, en su obra sobre los cristianos en el Imperio Romano, se hace eco de la postura de algunos espíritus más sensibles del siglo II, que

reprobaban el fanatismo anticristiano de las masas. Ese era el caso de un médico, Galieno, de formación aristotélica que, pese a su paganismo, no ocultaba su admiración por la elevada conducta moral de los cristianos y su fortaleza ante la muerte, aunque les reprochaba sin mayor ensañamiento su «dogmatismo».

El testimonio de algunas «actas» de mártires, o bien de otros documentos equivalentes, dejaban bien de manifiesto cuáles fueron las motivaciones personales y el amor a Jesucristo que les impulsaban a afrontar la gran prueba del dolor y la muerte. Estas pruebas las sufrían por Él, por el Salvador que había dado su vida para ganarles la eternidad, por Jesús, Dios y hombre verdadero. Vale la pena evocar el recuerdo de algunos casos, por otra parte sobradamente conocidos.

### TRES TESTIGOS DE CRISTO

Cristo —se lee en la primera epístola de san Pedro— «padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas» (I Petr II, 21). Jesucristo es el ejemplo vivo para el mártir cristiano y su camino de amor. «Os escribo estando vivo —decía a los Romanos en el año 107 san Ignacio de Antioquía—, pero anhelando la muerte. Mi amor está crucificado». «Para mí —insistía— es ahora cuando comienzo a ser discípulo... Dejadme ser alimento de las fieras... Trigo soy de Dios que ha

de ser molido por los dientes de las fieras, para ser presentado como pan limpio de Cristo» (*Ad Romanos* III, 2-7).

Medio siglo más tarde —en el año 156— el relato del martirio del obispo san Policarpo de Esmirna presenta la imagen de un hombre que vivía sólo para Dios y que ofreció por Él el mejor tesoro que podía ofrecerle: el martirio, coronación de una larga vida de fidelidad. Su respuesta al prócsul que le ofrecía la libertad a cambio de renegar de Cristo es de una sencillez conmovedora: «Hace ochenta y seis años que le sirvo y ningún mal me ha hecho, ¿cómo puedo blasfemar de mi rey, a quien debo la salvación?». Y Policarpo, condenado por su fidelidad a Cristo, fue quemado vivo. La oración que brotó de sus labios antes del suplicio es un elocuente testimonio de la razón de su muerte: «Te alabo y te glorifico, por medio del eterno y celestial sumo sacerdote Jesucristo, tu Hijo amado, por el cual, y juntamente con el Espíritu Santo, sea para ti la gloria por los siglos venideros» (*Martyrium Policarpi*, I, 1-XVI).

Estas bellísimas oraciones martiriales no pueden hacer olvidar el dolor y hasta el dramatismo que demandaban las pruebas de fidelidad a Cristo, que resplandecían en las «Actas» del martirio de las santas Perpetua y Felicidad. Los sentimientos de santa Perpetua, joven madre de 22 años, martirizada en el año 203, quedan fielmente recogidos en el diario de su prisión, escrito hasta la víspera del suplicio.

El padre de Perpetua, que era pagano, trató de quebrar la fidelidad de la hija en el juicio. «Compadécete, hija mía, de mis canas —le rogaba—, compadécete de tu padre... Mira a tu hijito, que no ha de poder sobrevivirte». «Y yo estaba transida de dolor por el sufrimiento de mi padre», dice Perpetua, dando rienda suelta a sus sentimientos. La prueba se repitió todavía en mayor grado cuando llegó el momento decisivo de la última comparencia. «De pronto apareció mi padre con mi hijito en los brazos», y el procurador Hilariano habló así a Perpetua: «Ten consideración de las canas de tu padre, ten compasión de la tierna edad del niño. Sacrifica por la salud de los emperadores». «Y yo respondí: no puedo». Hilariano preguntó: «Luego ¿eres cristiana?». «Y yo respondí: sí, soy cristiana». ¿Qué significaba para los mártires cristianos Jesucristo, por quien era un deber de conciencia sacrificarse y sacrificarlo todo? La respuesta a este interrogante corresponde darla en el último capítulo de este libro.

### XIII. TÚ ERES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO

Comenzábamos estas páginas con aquella pregunta inquietante del Señor. Y al margen de los rumores y las «opiniones», siguió otra pregunta todavía más directa e incisiva: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». La respuesta brota de los labios de Simón Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt XVI, 15-16). Es la respuesta que dice la verdad porque no ha estado inspirada en un dictamen de la razón, bajo el influjo de consideraciones humanas de conveniencia; porque su fundamento es la autoridad del Padre: «no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mc XVI, 17). Es el Jesús verdadero, tal como lo afirma la fe de Pedro, que es la fe de la Iglesia, porque el Señor le confiaría para siempre la misión de confirmar a sus hermanos (cfr Lc XXII, 31-32).

En nuestros días muchos hombres han perdido la imagen genuina de Jesús, que han tomado como un innovador social, con la misión primordial de

implantar una mejor justicia en la tierra; o bien —y eso es lo más engañoso— influidos por el esoterismo que trata de rellenar con mitos el vacío dejado por la verdad, desfiguran la imagen del Señor y la presentan con rasgos falsos, cuando no irrespetuosos y deformes. Muchos de los católicos de hoy necesitan recuperar la fe en la verdad de su Religión, volver a leer con admiración el Evangelio y sorprenderse al reconocer al verdadero Jesucristo.

Entonces conocerán y creerán que en un determinado día de la historia, bajo el imperio de César Augusto y siendo Quirino gobernador de Siria, nació en Belén de Judá un niño que fue anunciado así por el Ángel del Señor: «Hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor» (Lc II, 11). Quizá convenga insistir en ello, porque el mayor obstáculo para la fe de algunos tal vez provenga de un rechazo más o menos sutil del Dios hecho hombre, de la realidad de la Encarnación. Este Jesús, al comienzo de la vida pública, en el bautismo, recibió el testimonio del Padre: «Éste es mi hijo, el Amado, en quien me he complacido» (Mt III, 17). La misma declaración que resuena en el monte de la Transfiguración: «Éste es mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido: escuchadle». Y los discípulos, «al alzar los ojos no vieron a nadie; sólo a Jesús» (Mt XVII, 1-9).

La fe de Pedro encuentra un eco fiel, inspirado también, sin duda, desde lo alto, en la fe de Marta, la hermana de Lázaro y una de las Santas Mujeres. En su respuesta a Jesús, antes de la resurrección

de su hermano, proclama: «Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo» (Io XI, 27). Ésta fue la fe de los discípulos, transformados por el fuego de Pentecostés. Ésta es la verdadera imagen de Jesús, en quien creyeron los cristianos de los primeros siglos y por Él dieron la vida los Mártires. Ésa fue siempre, y sigue siendo hoy, la fe de la Iglesia: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». La confesión de Pedro nos da la imagen plena del Señor, el Cristo de la fe y de la historia. Él es nuestro Salvador, el que ha de instituir el Reino de Dios en la tierra y abrir a los hombres los caminos de la vida eterna. Jesús, el gran libertador, que compartió con nosotros los hombres la carne y la sangre, «para destruir con la muerte el poder de la muerte, es decir del diablo, y liberar así a todos los que con el miedo a la muerte, estaban toda su vida sujetos a servidumbre» (Hebr II, 14-15). Jesús es nuestro Redendor.

Este libro va dirigido a los cristianos de nuestra época, para anunciarles la auténtica buena nueva: podéis creer en Jesús, en el Cristo de siempre, y es razonable hacerlo. También hoy, Él es nuestro Redentor, que nos salva del doble absurdo de la vida sin sentido y de la muerte sin esperanza.

Vamos a contemplarle con la mirada fresca y lúcida de los primeros fieles, y Él nos anuncia, como a aquellos primeros, que somos hijos de Dios, que en la Casa del Padre tenemos preparado un lugar. Allí Jesucristo nos espera para saciar todos los deseos de amor de nuestro corazón y colmarlo con las alegrías de la vida eterna.

Por eso el Señor nos dirige la misma pregunta que un día hizo a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

JOSÉ ORLANDIS obtuvo la Cátedra de Historia del Derecho en 1942, y fue ordenado sacerdote en 1949. Su obra abarca más de cien títulos, algunos traducidos a otras lenguas. En Rialp ha publicado, entre otros: *Historia breve del cristianismo*; *Años de juventud en el Opus Dei*; *La vida cristiana en el siglo XXI*; *Historia de la Iglesia*; *La aventura de la vida eterna*, y *Los signos de los tiempos*.

ISBN 978-84-321-3615-3



9 788432 136153